

APUNTES DE POLÍTICA UNIVERSITARIA

DESEOS INTERRUMPIDOS

Deolidia Martinez
Verónica Walker

Mayo - 2020

Creative Commons 4.0 Internacional (Atribución-NoComercial-CompartirIgual)
a menos que se indique lo contrario.

Las opiniones expresadas en este documento son responsabilidad exclusiva de los
autores y no representan necesariamente la posición oficial del IEC -CONADU.

Deseos Interrumpidos

Las medidas de distanciamiento social que se imponen a partir de la pandemia de COVID-19 están alterando la práctica docente y la producción de conocimiento, y nos obligan a generar estrategias de emergencia que resultan complejas de implementar en el contexto actual. El traslado de nuestra actividad al entorno virtual despierta incomodidades y preocupaciones, pero también promueve descubrimientos y actualiza debates que trascienden esta coyuntura para proyectarse como un campo de reflexión necesaria para una actividad académica crítica y comprometida con el derecho a la educación, al conocimiento y la cultura. En estos Apuntes de Política Universitaria, el IEC – CONADU presenta una serie de aportes producidos en cuarentena, para que el distanciamiento no nos aíse, y para seguir discutiendo también el día después.

Deolidia Martinez / RED ESTRADO Argentina
Verónica Walker / UNS Red ESTRADO Argentina

*Desde esta semana, acá habilitaron la hora
diaria para poder salir a caminar. Así que ayer
a la tarde salimos con Vera por las afueras
del pueblo para que ande un poco, llevó su
triciclo y mientras pedaleaba me dijo:
“Má, que linda es la libertad”*

*(Aprendizaje de Vera, 4 años, en cuarentena.
Relato de su mamá).*

Desde fines del mes de marzo nos encontramos experimentando un aislamiento social preventivo y obligatorio como una estrategia de cuidado de la salud ante la amenaza del COVID19. La ya famosa cuarentena nos confina en nuestros hogares en pos del cuidado de nuestra salud. La suspensión de las clases presenciales y la continuidad pedagógica virtual en los distintos niveles educativos, llevaron a que abruptamente convivamos en la cotidianeidad de nuestros hogares padres, madres, docentes, estudiantes, niños, jóvenes, directivos. Los espacios, tiempos y funciones que históricamente han caracterizado a las instituciones educativas se han vuelto borrosos, difusos, poco claros en las cocinas y habitaciones que pretenden funcionar como aulas, en las tareas escolares que buscan construir algún sentido, en los tiempos de teletrabajo que se han vuelto infinitos. Se mezcla lo familiar y lo laboral, nuestro espacio privado y el público en un espacio habitacional que adquiere distintas formas y habilita diferentes condiciones de vida.

Cimbronazo, sacudón, son algunas de las palabras que se nos ocurren para pensar lo que está viviendo la escuela. Tal vez podríamos pensarla como epicentro de un movimiento sísmico que agitó lo que hasta el momento había podido mantener arraigado: su existencia física en edificios, sus tiempos marcando límites y ritmos, sus funciones que –aunque cuestionadas e insuficientes– operan como un ordenador social. La pandemia trastocó la corteza terrestre de la escuela; veremos, según su intensidad, si se trata de un terremoto o un temblor. De pronto,

sentimos que “esta es otra vida” y que “poner límites en casa es difícil”. Aparece el tema tan criticado de los rígidos horarios escolares, ahora deseados como límite.

Decíamos que estamos confinados cuidando nuestra salud, entonces no podemos dejar de observar los efectos que el confinamiento está produciendo en la salud que no se ve fácilmente: nuestra salud psíquica.

Pareja, amigos, fiestas, celebraciones; el deseo interrumpido, proyectos inconclusos, fracturas afectivas, incertidumbre a futuro: ¿hay otro tiempo? Esto, ¿se repara? ¿Cuándo? ¿Con quién? Tantas preguntas.

Hace años que se viene visibilizando la cuestión de la salud y el riesgo psíquico en el trabajo docente. Sabemos que las situaciones laborales que potencialmente contienen factores de riesgo psíquico en el trabajo docente están identificadas en múltiples dimensiones observables: jurídicas e históricas; condiciones materiales de trabajo, legislación, regulaciones y normas laborales; organización del trabajo y organización escolar; formación y capacitación; salario, seguridad social y laboral; subjetivas y afectivas.

¿Qué nuevas fisonomías adquieren, en tiempos de pandemia, los factores de riesgo psíquico en el trabajo docente o, mejor dicho, “teletrabajo docente”? Con la virtualización de la enseñanza, los riesgos y peligros de los edificios escolares no desaparecen, sino que transmutan y adquieren nuevas formas. ¿Están contemplados en nuestros regímenes de licencias? ¿Los reconoce el Estado? En el teletrabajo, los riesgos del trabajo de enseñar se reconfiguran y amalgaman con las condiciones de vida y los riesgos del ámbito doméstico. La superposición de la vida personal y la laboral sin límites claros, ni vías de escape, nos pone en riesgo a nivel de nuestras subjetividades.

Subjetividad de docentes, padres, madres, docentes-madres, docentes-padres, niño-alumno, joven-estudiante, docente-hija, do-

cente-esposa, docente-sostén de hogar, docente-amiga, niña-amiga...Todos los personajes que somos convivimos confinados en una misma casa las veinticuatro horas de los siete días de la semana, desde hace más de cincuenta días.

¡Y son muchas horas con uno mismo; viene lo aburrido, reprimido o temido!

Niños en edad de escolarización inicial que no quieren saber nada con las tareas del jardín. Madres hiperatareadas insistiendo para hacer el monigote que pidió la seño, persiguiendo a sus hijos para que completen al menos algo más del cuadernillo o graben el video que pidieron. Niños que miran los videos que otras familias subieron sólo para ver a sus compañeritxs. Se extrañan y se necesitan mucho.

Docentes, alumnos y familias de los demás niveles educativos describen escenas similares, aunque algo más intensas por la exigencia de las actividades. Especialmente en las primeras semanas, maestros y maestras se agolparon en las pantallas, por medio de mensajes de whatsapp, correo electrónico, aulas virtuales, reuniones de Zoom, etc., con tantas tareas que chicos y chicas se sintieron exhaustos, apabullados. En estos días leímos una noticia sobre dos niños de un pequeño pueblo de España que encontraron la solución: ¡cortaron internet de la casa de la maestra para que no envíe más tareas! Tal vez fue una solución para ambas partes. Por momentos, los docentes exigen su derecho a la desconexión.

En los primeros días de la cuarentena, especialmente, enviar mensajes, tareas, sugerir lecturas, fue una manera de decir “aquí estamos”, “los docentes seguimos trabajando”, “seguimos acompañando”. Pero pronto, como un boomerang, las respuestas de esas tareas comenzaron a abarrotar los dispositivos electrónicos de los docentes, que también comenzaron a sentirse exhaustos, apabullados, saturados.

Las situaciones son sumamente disímiles: mientras algunos docentes sólo cuentan con su celular y un paquete de datos, otros dis-

ponen de computadora y un espacio de trabajo; mientras algunas familias acompañan a sus hijos en las tareas escolares y pueden proporcionarles conectividad y dispositivos electrónicos personalizados, otras intentan hacer lo posible con el único celular que tienen, y muchas han tenido que relegar a un segundo plano las tareas escolares ante la urgencia de obtener el sustento diario. La pandemia pone en evidencia las desigualdades existentes y profundiza otras.

Con las contradicciones que conlleva reconocer las condiciones desiguales de existencia de las y los estudiantes y sus familias, y verlas agravadas en muchos casos, los y las docentes sostenemos la tarea de enseñar desde nuestras casas. Así, los días transcurren entre el cuidado de niños y adultos mayores; las tareas del hogar que siguen recayendo mayoritariamente en las mujeres; la preparación de tareas escolares; el aprendizaje del Google Meet, Zoom, Jitsi, editor de video, conversor de formatos, aplicaciones para escanear y todo un universo de herramientas que ofrecen las tecnologías de la información y la comunicación y que requieren tiempo, paciencia y una computadora que funcione y “no se tilde”, una conexión suficientemente buena que “no se cuelgue” y, nuevamente, paciencia y tiempo... y más paciencia... y más tiempo.

En esas experimentaciones, en la prueba y el error con las tecnologías y propuestas adaptadas a la nueva situación, los docentes hemos perdido el resguardo de las paredes del aula. Parece que no va más el “yo cierro las puertas del aula y hago lo que quiero” porque la virtualidad arrasó con la intimidad del aula. A lo sumo, en la pantalla podemos cerrar ventanas pero seguimos “expuestos” ante un público más amplio y un tanto ajeno.

Los padres no están conmigo en casa, pero están en las clases en sus casas. No sé lo que dicen de las clases... Mmm, no sé si quiero saberlo.

Familias que no sólo “están ahí” en la clase virtual, en el whatsapp, en el corazón de nuestra tarea de enseñar, sino que además opinan sobre ellas y también las cuestionan, tal vez, como lo hacían en el formato presencial, pero ahora son parte, observadores directos. También está la supervisión de directivos que ensayan otras formas de control en las que el presentismo se mide según la conectividad, las solicitudes de registros y las planillas de seguimiento, que sirven para observar a los estudiantes y al trabajo de los docentes. La matriz de control que fue fundante de la escuela moderna adquiere nuevas formas.

La relación con los otros está abierta, tal vez como nunca, la podemos sentir, ver, rechazar o aceptar. El Otro de la relación está diferente. ¡¡¡Los pares compañeros/as, estudiantes, los padres!!! Ahhh, la Dire... ¡siempre se cruza! En todo horario y los pedidos de registros, ¡¡¡algunos que acosan por teléfono!!!

En la exposición que provoca la virtualización de la enseñanza, en muchos casos nos vamos sintiendo un poco “docentes youtubers”, con celulares convertidos en webcam, computadoras muchas veces prestadas “porque necesitamos dos computadoras en casa ahora para trabajar. O tres, cuando mi nene hace las tareas”.

Para las clases o reuniones virtuales preparamos el escenario, vemos dónde ubicar la cámara para que no se vea la pila de ropa para planchar (que ya no vamos a planchar), los platos acumulados en la mesada porque la reunión estaba programada para minutos después de dar el último bocado del almuerzo. Todo un arte del encuadre en función de lo que queremos y no queremos mostrar de nuestro ámbito privado. “Mientras grabo, intento que el nivel de ruido se mantenga bajo y los demás integrantes de la familia fuera de cámara, con un mínimo de interrupciones”. ¡Siempre hay interrupciones! Los días de reunión o clases virtuales son los días

en que nos “vestimos presentables” ya sea peinándonos un poco o vistiéndonos mejor siempre de la cintura para arriba. ¿Estamos ante una “espectacularización de la docencia”? ¿De qué nos hablan estas puestas en escena? Mucho tiempo de dedicación y ¡zas! “cuando termino de grabar, cuando termino el trabajo en la clase, ya estoy en casa con mis niños de manera instantánea”. Sin pausas, recreos o descanso necesarios, al menos ese trayecto que hacíamos del trabajo a casa y que operaba como corte, límite mental y geográfico.

Trabajar y estudiar en casa, todos juntos: ¡desafío para la imaginación! Desde buscar los horarios en que los niños duermen, hasta huir sigilosos y encerrarnos en un cuarto para poder grabar una video-clase, convertir la mesa del comedor en la mesa de trabajo de los tres, cuatro, cinco o más.

En esta etapa, ¿hay un acceso conjunto entre docente y estudiante al objeto de trabajo «conocimiento»? ¿Cómo podemos saberlo? Intriga... ¿cuándo lo encontraremos? El conocimiento nuevo resulta fascinante, ¿podremos? Ya no hay tiempos y espacios escolares diseñados para ello: las interrupciones y demandas externas son muy concretas. Algunas no se pueden dejar pasar.

En el nivel universitario, la virtualización de la enseñanza ha tocado en lo más íntimo del *homo academicus*. Porque si hay algo que otorga seguridad al *homo academicus* es sentirse un especialista en conocimientos tan importantes para la vida social (?) que no hay pandemia que pueda obligar a romper las sagradas formas de transmisión desde el estrado, esas clases magistrales en que él mismo se escucha y regodea entre tanto saber erudito. Por supuesto que aquí reconocemos las múltiples diferencias entre los *homo academicus* y las formas innovadoras y comprometidas con el aprendizaje de los estudiantes que existen en la universidad. También reconocemos

que el mundo universitario es multicolor, es heterogéneo, que hay formas de enseñanza prácticas que no son posibles o son muy difíciles de realizar en la virtualidad. Sin ir a los extremos, la virtualidad amenaza el academicismo que yace en muchos: no queremos ceder contenidos, no estamos dispuestos a reducir bibliografía, nos resistimos a otras formas de evaluación.

La virtualización de la enseñanza en la universidad pone sobre el tapete la ya vieja y siempre presente tensión entre formación disciplinar y formación pedagógica o “saber” y “saber enseñar”: docentes que saben mucho pero no saben enseñar y tampoco les interesa enseñar ni aprender a enseñar. “Y ahora pretenden que aprenda a enseñar de manera virtual... ¡es que yo soy físico!” vocifera un profesor universitario a punto de jubilarse. La presencialidad, como modo conocido, proporciona cierta familiaridad y seguridad que la virtualidad amenaza. De pronto, en la plataforma se hace visible el desinterés por enseñar y la dificultad para hacerlo y lo único que aparece como seguro, para aferrarse, es reproducir en un video de dos horas o en un escrito en pdf el contenido que año tras año se repite en la clase magistral, que también dura dos horas.

*Saber, no-saber, deseo de saber... ¿qué saberes?
¿Saber qué? Horizontalidad que promueve la red...
amenazas a la autoridad ¿qué autoridad? ¿Qué y
quiénes otorgan legitimidad?*

Muchos docentes se encuentran empeñados en mantener las formas conocidas de evaluación que año tras año implementan en la universidad (*multiple choice*, autotest, etcétera). Si hay un desafío que se les presenta, es el de perfeccionarlos para evitar la famosa “copia” y no el de repensar y buscar nuevas formas de evaluar en este contexto. “Estoy tratando de encontrar una forma de que los alumnos no me embromen”. “¿Conocen algún software que detecte el plagio?”. “Viste que ahora pueden googlear y listo”. “¡Ah, en el

examen del otro día lo vigilábamos mientras escribía!”. Nuevamente la cuestión del control ligado al temor, a la desconfianza en el otro.

En todos los niveles, las fuentes de legitimidad se ven trastocadas: la horizontalidad que promueve la comunicación virtual, el “no saber” los saberes que el uso de la virtualidad requiere, los formatos y mandatos de una institución escolar que se ha vuelto ubicua. En esas condiciones, se intenta “hacer lo que se puede” desde casa.

Vida y trabajo más mezclados que nunca; necesidad de tiempos y espacios (otros tiempos y otros espacios...otros otros): los patios de la escuela, las bibliotecas parlantes de la universidad, los tiempos de recreo, las reuniones con compañeros, los amigos y amigas, las asambleas de estudiantes, las salas de profesores; añorar la escuela, los espacios públicos. Desear esos espacios-otro y los encuentros con otros.¹



Dibujo de las autoras

¹ Este escrito reúne muchas voces. Intercambiamos mensajes de whatsapp, correos, videollamadas con familias, docentes, niños, jóvenes. Agradecemos a Silvina, directora de un jardín de infantes que nos permitió compartir su audio. Va como testimonio de la experiencia de trabajo docente en cuarentena:

<https://drive.google.com/open?id=1sahEGP10KRn5ZY-OOZJBbyjvWN5YP5hG>